

La más laica biblioteca monástica: L'IMEC à l'Abbaye d'Ardenne

Mariana Canavese¹

Allí, en la gran nave de la iglesia gótica del siglo XIII, ahí mismo donde solía celebrarse el culto religioso en Ardenne, hay ahora una biblioteca terrenal, secular y mundana. Es insólito: asomándose fuera de la iglesia abacial no hay que esforzarse para respirar ese aire monacal que la misma arquitectura recuerda, y en el que se mezclan algo del sosiego y la contemplación; pero una vez adentro, entre pilares y arcadas, una larga mesa de lectura se extiende por el vaso central escoltado por bibliotecas, y la recepción y entrega de los archivos ocupa el espacio del altar desde el que algún día se celebrara la misa. La abadía de Ardenne no ha dejado, sin embargo, de ser un sitio espiritual, que ahora ofrece condiciones excepcionales para la investigación científica. Laicizada, sin la carga religiosa, Ardenne es hoy la manifestación de otro culto: el de los libros, lo escrito y la edición.

Todo ello es producto de la instalación del IMEC en la abadía. Creado en 1988 por iniciativa de investigadores y profesionales de la edición y con el apoyo del Ministerio de Cultura y Comunicación francés, el IMEC (Institut Mémoires de l'édition contemporaine) fue pensado como un espacio para reunir, preservar y poner en valor y a la consulta los fondos de archivos y estudios consagrados al mundo de la edición. Desde 1996 se ha ido estableciendo en la abadía (tiene también una oficina en París), invitado por el Consejo Regional de Baja Normandía. Hoy cuenta con archivo, biblioteca y programa de actividades científicas y culturales en el viejo granero (exposiciones, coloquios, seminarios, conferencias, mesas redondas, debates, lecturas, etcétera). Y no es casual que el IMEC esté ahora en Ardenne. Ardenne es, de algún modo, un símbolo de Francia, lleva impresa su historia: fue el sitio de un antiguo culto galo, el asiento de una pequeña comunidad cristiana en el siglo XII, un priorato devenido abadía independiente de la orden de los premonstratenses; atravesó la Guerra de los Cien Años, alojó al rey Carlos VII, fue próspera y decadente. Saqueada durante las guerras de

¹ Mariana Canavese es graduada de la carrera de Historia de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y realiza su tesis doctoral en co-tutela sobre la recepción de la obra de Michel Foucault en Argentina entre 1970 y 1989 (UBA-École des Hautes Études en Sciences Sociales); es becaria doctoral CONICET y docente de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Mariana Canavese a suivi des études d'Histoire à l'Université de Buenos Aires (UBA), prépare une thèse doctorale en co-tutelle autour de la réception de l'œuvre de Michel Foucault en Argentine entre 1970 et 1989 (UBA-École des Hautes Études en Sciences Sociales); elle est boursière doctorale CONICET et enseigne l'histoire à la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

religión, quedó en ruinas hasta fines del siglo XVI. Jean de La Croix la renovó luego, y –según dicen– la convirtió en la abadía premonstratense más poderosa de Normandía. La Revolución Francesa expulsó a sus monjes, expropió el mobiliario y vendió Ardenne a un parisino –luego a un cónsul estadounidense en París y a un ciudadano británico–. Fue recinto de empresas agrícolas y durante la Segunda Guerra Mundial se sucedieron allí tareas de la Resistencia, hasta que el 7 de junio de 1944, al día siguiente del desembarco aliado en las playas normandas, Ardenne fue ocupada por los alemanes. Ahí mismo se evoca la ejecución de 18 soldados canadienses. Las batallas que siguieron al desembarco dejaron toda el área destruida, incluyendo el 70 por ciento de la vecina ciudad de Caen. Con las tareas de restauración llegaron también los proyectos sobre el destino de la abadía de Ardenne (de escuela de arquitectura a crematorio o ayuntamiento). Pasarán años hasta que la Región Baja Normandía compre la abadía, y otros más para que en 1995 se le proponga al IMEC instalarse ahí.

Entre sus colecciones –y es por eso que di con el Instituto– está el fondo Foucault. El Centre Michel Foucault ha ido depositando allí las cajas con documentos personales, correspondencia, manuscritos y notas preparatorias, fotografías, materiales del Grupo de Información sobre las Prisiones, bibliografía secundaria y más, que componen el fondo Michel Foucault y que estaban hasta entonces en la Bibliothèque du Saulchoir, en París. Es posible, así, deambular por esa serie de prolijas carpetas que componen las cajas del fondo, entre la sorpresa y el fetichismo, entre artículos de diarios y revistas, afiches, emisiones radiales, entrevistas, homenajes, conferencias y seminarios, cartas e inéditos,² notas dactilografiadas, un extracto del acta de su nacimiento, borradores, registros sonoros de los cursos en el Collège de France, literatura de y sobre Foucault en más de treinta idiomas, tesis, etcétera, etcétera. Podría ser el caso, también, de cualquiera de los otros tantos fondos que conserva el Instituto: están allí los documentos de Louis Althusser, Jacques Derrida, Roland Barthes, Samuel Beckett, Copi, Marguerite Duras, Frantz Fanon, Jean Genet, Jean-Pierre Vernant, Georges Duby, de instituciones como el Collège de France o el Collège international de philosophie, de publicaciones como *Esprit* o *Tel Quel*, citando solo unos pocos ejemplos. De todo ello guarda memoria el IMEC. A él le fueron confiados archivos privados de particulares, instituciones, empresas, fondos de editores como Hachette, La Découverte, Larousse, Le Seuil, Nathan, Kra/Le Sagittaire, entre muchos otros. A su tarea de preservación patrimonial, el Instituto sumó la de promover el desarrollo de trabajos de investigación sobre la historia de la edición, la vida artística e intelectual contemporánea. De esa conjunción nacen publicaciones que participan en la

² La consulta de algunos de los documentos que conserva el IMEC (especialmente parte de la correspondencia y los inéditos) requiere autorización previa. La información, incluyendo la preinscripción necesaria para realizar cualquier investigación en la biblioteca, se encuentra en el sitio web del Instituto.

valorización de las colecciones. Es el caso, por ejemplo, del reciente *Les Mots et les Choses de Michel Foucault. Regards critiques 1966-1968*, una antología de textos elegidos y presentados por Philippe Artières, Jean-François Bert, Philippe Chevallier, Pascal Michon, Mathieu Potte-Bonneville, Judith Revel y Jean-Claude Zancarini, que da cuenta de la intervención del ya clásico libro de Foucault, *Las palabras y las cosas*, en pleno fervor estructuralista. Además de los artículos aparecidos en distintas revistas francesas a partir de la publicación del libro, el volumen también incluye una respuesta inédita de Foucault al texto de Michel Amiot en *Les Temps modernes*, la revista de Sartre.

Y hay más. Porque aparte de esa fantástica biblioteca abacial suspendida en el tiempo, en cuyos libros y archivos uno puede sumergirse despreocupadamente de martes a viernes entre las 9.30 y las 18 (los viernes hasta las 17; la abadía también abre al público para visitas todas las tardes, excepto los lunes), el IMEC ofrece a los lectores la posibilidad de hospedarse en el viejo almacén de harina que tiene más de una decena de habitaciones remozadas, funcionales y a buen precio. El edificio, que en el siglo XVIII contenía panadería, graneros y algunos dormitorios, tiene también una bodega abovedada que se destina actualmente a la cocina y el comedor. La cocina de la abadía es casera y, del desayuno a la cena, incluye dulces y panes exquisitos, jugos, delicias en quesos y vinos, recetas sencillas, sanas y sabrosas. Y en cualquiera de esos encuentros de sociabilidad forzada se tiene el grato gusto de conocer investigaciones en curso e investigadores de distintos sitios.

Intramuros, Ardenne alberga la biblioteca, la cocina y las habitaciones, una huerta y algunas construcciones más que eran utilizadas, por ejemplo, para tareas agrícolas. Mutilada en varias ocasiones, la abadía de hoy quizás haya perdido algo de lo que pudo haber sido el mundo monástico normando, pero sus edificios siguen guardando la memoria y el espíritu de otro tiempo. De hecho, la única construcción nueva, y por obvios requisitos, es el Pabellón de los Archivos dedicado al tratamiento de los documentos. Por la Puerta de Bayeux –el más antiguo monumento, que sobrevive desde principios del siglo XIII– todavía se ingresa a la abadía (la otra puerta, la de San Norberto, por el fundador de la orden, data de fines del siglo XVII). A un costado, en un edificio construido unas décadas después de la Revolución Francesa, se ubica la recepción y el área administrativa del IMEC. Dicen que un poco más allá se situaba “un establo para alojar a los pobres transeúntes –un refugio nocturno de los viajeros”, que hoy se utiliza para hospedar a los invitados del IMEC. El Granero de los Diezmos, donde se almacenaba el grano y las cosechas retenidas como impuesto, y el lagar construido en 1709 están ahora dedicados a la realización de coloquios, exposiciones, espectáculos, seminarios y demás encuentros científicos y culturales. Entre otros espacios, hay también una huerta adorable, rincón ideal para un picnic en primavera.

A las puertas de Caen. Llegar a la abadía de Ardenne, en la Baja Normandía, es sencillo, pero conviene salir temprano. El viaje París-Caen demora apenas dos horas, saliendo en tren desde Saint Lazare. De la estación de Caen, en la combi que se puede reservar previamente, toma unos 15 minutos recorrer el camino que llega hasta St-Germain-la-Blanche-Herbe, donde está la abadía que hoy alberga al IMEC. Pero también extramuros Ardenne es fantástica. Está rodeada de praderas y de pequeños barrios de casas parejas surcados por puentes, autopistas y algún negocio de kebab o de productos del campo. A Caen, la capital de la región, se puede ir en bicicleta (la abadía tiene algunas que, aunque un poco desvencijadas, resisten el paseo), y ahí mismo hay otras dos grandes abadías, la de los Hombres y la de las Damas. La ciudad de Caen tiene además un memorial y un castillo, el primero consagrado a la paz y el segundo a Guillermo el Conquistador.

Siguiendo camino, la Baja Normandía está llena de destinos: el departamento de Calvados, con la bebida homónima y la pequeña y pintoresca ciudad de Bayeux, a orillas del río Aure y muy cerca de las playas del Desembarco, colmada de historias vikingas y callecitas serpenteantes que permiten recorrerla a pie. Y un poco más allá, pasando ya Pontorson, en el departamento de la Mancha, el fabuloso Mont Saint-Michel, un imperdible burgo medieval de empinadas calles angostas, coronado por la abadía y la estatua dedicadas al arcángel San Miguel. El Mont Saint-Michel está emplazado sobre una isla rocosa en medio de un estuario, es un peñasco a la deriva en medio del agua cuando crece la marea, y un risco atascado en la arcilla cuando la marea baja.

Todos sitios maravillosos que habilitan encuentros con la historia menos ornamentados que los que proponen las grandes capitales, que invocan al Borges que imaginaba el paraíso como biblioteca, que hasta hacen meditar si acaso no tendrá algo de monástico disfrutar de una plena vida laica.

Las actividades y las colecciones del IMEC se pueden consultar en:

<http://www.imec-archives.com/>

<http://portail-michel-foucault.org/>